

Topografía y memoria:

lecturas sobre las crónicas
«El Cerro Maravilla» y «El cruce de la Bahía
de Guánica y otras ternuras de la Medianía»

Cynthia Sánchez

Julio Ortega considera a Edgardo Rodríguez Juliá como «el heredero de esa larga tradición fugaz» hispanoamericana que es la de la crónica, subgénero que atraviesa distintas épocas y modulaciones «desde Colón, que creyó ver palmas como el primer escenario del paraíso hasta Martí que vio en la palma la promesa del huerto republicano»¹, vinculando entre sí a variados autores tales como Alejo Carpentier, García Márquez, Luis Rafael Sánchez. Por su parte Rodríguez Juliá en diferentes entrevistas², en ensayos como «Tradición y utopía en el barroco caribeño»³, en numerosos pasajes autorreflexivos de sus crónicas como en una de las últimas publicadas, titulada «Cronistas»⁴, se incluye entre los escritores de crónicas, modalidad narrativa cuyo papel en la historia de la conformación de la literatura latinoamericana ha sido central. De su lugar imprescindible como gran relatora de hechos en los siglos de la conquista y colonización de América, hasta su importantísimo rol en el proceso de profesionalización del escritor finisecular durante el Modernismo⁵, la crónica asume en la actualidad diversas funciones y reconfiguraciones particulares, destacándose por su marcada contaminación genérica.

Edgardo Rodríguez Juliá, entrevistado por Julio Ortega, caracteriza una importante parte de su producción textual, particularmente aquella escrita y publicada durante la década de los ochenta, como «crónicas de actualidad» y propone la siguiente definición al respecto:

Ahora, la crónica que propongo en este momento es un modo nuevo de dar testimonio de los cambios sociales tan precipitados que están ocurriendo en nuestra sociedad. Es una manera de ir a la calle, de dar testimonio directo, evitando la formalidad del ensayo, incluyendo algo de lo narrativo y, sobre todo, dando una visión muy personal, muy testimonial de los hechos, de los acontecimientos; de aquello que, por decirlo así, captura la imaginación del pueblo, la imaginación popular.⁶

Entre varios de los conceptos que se entrelazan en la cita precedente quiero destacar el de visión, que constituye un elemento central en las ficciones del autor, donde la imagen y las actividades asociadas a los verbos ver/mirar/contemplar se constituyen como centro de producción de la escritura. La remisión al espejo o la observación de la realidad como referente extratextual en las crónicas de actualidad no implica que se postulen como instrumentos de la mimesis realista. Aunque el sentido de la vista y la mirada como indagación testimonial cobran un lugar primordial, en tanto el cronista ocupa el espacio del observador, sin embargo, el conocimiento de lo real al cual accede resulta provisorio, complejo, paradójico, revela siempre fallas, fisuras, sesgos. En la configuración autorial que se construye en las crónicas de actualidad de Rodríguez Juliá, el narrador se autorrepresenta como un «espejuelado», de mirada miope, cuyos lentes filtran, alteran, distancian, median entre la actividad de mirar y lo contemplado, como así también media y selecciona la instancia de la escritura, el pasaje de la mirada al lenguaje, la narración de lo observado.

Otro concepto importante presente en la cita sobre la crónica es el de «testimonio». Ana María Amar Sánchez caracteriza al testimonio como una forma específica: el relato testimonial o de no-ficción es aquel que mantiene el compromiso con los hechos, pero éstos sufren un proceso de «subjetivación» al pasar a través de los sujetos que son la clave de su transformación narrativa⁷. Este proceso de subjetivación se puede vincular con lo que Rodríguez Juliá describe como una «visión muy personal de los hechos», pero esta fuerte intromisión de la subjetividad no es privativa del testimonio. Carlos Monsiváis, en la introducción a su compilación *A ustedes les consta. Antología de la crónica en México*⁸, propone múltiples acercamientos para intentar definir las modalidades propias del subgénero narrativo crónica, y entre ellas destaca que en el trabajo de la crónica persiste la reconstrucción literaria de sucesos o figuras y el empeño formal domina sobre las urgencias informativas. Agrega Monsiváis: «Esto implica la no muy clara ni segura diferencia entre objetividad y subjetividad»⁹, que se refuerza además por el marcado uso de la primera persona narrativa. En el relato testimonial, aunque se pone en evidencia el trabajo constructivo de un sujeto textual que vuelve visibles las operaciones del montaje, recorte, selección

de lo que se narra, la presencia del narrador tiende a desvanecerse u ocultarse para dar paso a la voz de los testimoniantes. En las crónicas literarias contemporáneas (Carlos Monsiváis, Elena Poniatowska, Pedro Lemebel, Luis Rafael Sánchez, para nombrar algunos ejemplos de sus más reconocidos cultores), por el contrario, el narrador no se ausenta, aun en los casos en que se explora la oralidad del otro, rasgo que se reitera en las crónicas de actualidad de Rodríguez Juliá. Esta cualidad es destacada por Myrna García-Calderón cuando observa en las crónicas contemporáneas del autor puertorriqueño «la feroz intromisión del Yo»¹⁰, a lo cual cabe agregar que el yo que se representa en estos textos se exhibe marcadamente autobiográfico, como si intentara mostrar al lector «que está ante relatos directos, no mediados, de la vida real narrados por individuos reales», para decirlo con palabras de Sylvia Molloy respecto de la escritura autobiográfica hispanoamericana.¹¹ El narrador de las crónicas de Rodríguez Juliá tiende a desdibujar los límites entre narrador, cronista y autor, aunque, pese a los datos biográficos concretos y señas de identidad inequívocas¹², no se presenta como un sujeto unitario sino que adopta diversas máscaras.

Las crónicas de Rodríguez Juliá participan de la hibridez característica de esta modalidad textual, en la cual se advierte una contaminación genérica donde se conjugan el relato testimonial, la reflexión ensayística, la narratividad de un cuento o novela corta, las diversas figuraciones de la voz narrativa, la fragmentación del relato, el culto de la pequeña historia, la inclusión del registro oral, entre otros rasgos que le permiten al cronista, retomando la reflexión del autor sobre las crónicas, «evitar la formalidad del ensayo», aunque, como subraya María Elena Rodríguez Castro, proponiendo testimoniar el mismo objeto de su reflexión: la sociedad puertorriqueña.¹³ En las próximas páginas quiero detenerme en dos crónicas de actualidad de Edgardo Rodríguez Juliá, para reflexionar a partir de su análisis, sobre los complejos dilemas en torno a la memoria, la identidad, el espacio y el tiempo.

I. MEDIOS, MEMORIA Y ESCRITURA: APROXIMACIONES A «EL CERRO MARAVILLA (OCTUBRE-NOVIEMBRE DE 1983)»

En tanto categorías de la percepción de raíz histórica y fundamental contingencia, tiempo y espacio siempre están estrechamente ligados de manera compleja; prueba de ello es la intensidad de los discursos de la memoria presentes por doquier más allá de las fronteras, tan característicos de la cultura contemporánea en los más diversos lugares del mundo.»

Andreas Huyssen

En «El Cerro Maravilla (octubre-noviembre de 1983)»¹⁴, desde el título de la crónica de Rodríguez Juliá, se combinan las categorías espaciales y temporales, no solo por la relación de contigüidad que se advierte a simple

vista, sino también por la indagación que propone el texto sobre los intrincados caminos de la memoria individual y social, cuando éstas resultan, además, afectadas por la dinámica de los medios de comunicación masiva. Las fechas aludidas en el título corresponden a los meses durante los cuales se televisó la investigación senatorial que reabrió la causa conocida como «caso Maravilla». La mirada del cronista se detiene particular y críticamente en la espectacularización y trivialización, a raíz de su tratamiento televisivo, de un terrible hecho político que atentó contra los derechos humanos en Puerto Rico: «Mientras tanto, se comenta que a mediodía todo Puerto Rico ve las vistas públicas con más atención que a la más reciente telenovela, superando en los *ratings* televisivos al mismísimo show de Iris Chacón.»¹⁵ Desde las coordenadas espacio-temporales del título se vuelve hacia atrás, al año en el que ocurrieron los hechos, 1978, cuando el día 25 de julio tres jóvenes puertorriqueños identificados como independentistas obligaron a un chofer de taxi a subir a las torres de comunicaciones del Cerro Maravilla, para efectuar desde allí un acto simbólico de sabotaje, ya que pretendían proclamar la independencia de Puerto Rico. La fecha elegida por los jóvenes era altamente significativa, en tanto corresponde al día en que se llevó a cabo la invasión norteamericana a Puerto Rico, a través de la Bahía de Guánica. Pero además, esa misma fecha fue erigida por Luis Muñoz Marín como inicio del sistema de gobierno del Estado Libre Asociado en el año 1952 y desde entonces se celebra oficialmente como el «Día de la Constitución».¹⁶

Dos de los jóvenes desconocían que uno de ellos era un agente encubierto de la División de Inteligencia de la Policía de Puerto Rico, y que una vez en el Cerro serían emboscados por las fuerzas policiales. Carlos Soto Arriví, hijo del reconocido escritor Pedro Juan Soto¹⁷, y Arnaldo Darío Rosado, fueron ejecutados a sangre fría, cuando estaban detenidos y arrodillados en el piso. En aquel momento la policía, como fuerza corporativa, encubrió el hecho que fue tratado como represión de un acto subversivo. Sin embargo, tanto la familia de los dos jóvenes brutalmente asesinados como la oposición política independentista, acusaron públicamente al entonces gobernador de la Isla, Carlos Romero Barceló, por la planificación y eventual encubrimiento de los hechos. El historiador Fernando Picó¹⁸ señala que durante la campaña política del año 1980 para las elecciones de gobernador, se alegaba que los dos jóvenes se habían rendido al verse rodeados por policías y que éstos los ejecutaron posteriormente. Si bien el Partido Popular Democrático no ganó las elecciones y fue reelecto Romero Barceló, los Populares obtuvieron en cambio el control del Senado, logrando que éste, a través de una comisión senatorial jurisdica, iniciara una investigación sobre lo sucedido, dirigida por Héctor Rivera Cruz.

El Senado de Puerto Rico, liderado por la oposición autonomista, efectuó una extensa vista senatorial transmitida en vivo por radio y televisión. Decenas de agentes policíacos, oficiales del gobierno y peritos de todo tipo desfilaron por el estrado compuesto por una representación senatorial de cada partido. Rodríguez Juliá escribe su crónica a partir de estas vistas mediatizadas especialmente por la televisión, como un relato testimonial que, más que atenerse a la factualidad estricta del acontecimiento, apunta a su representación, como espectáculo mediático, para reflexionar acerca de las relaciones entre la memoria y los medios de comunicación de masas. El cronista se ubica en diversas posiciones: por un lado se lo percibe en su papel de testigo, como un espectador más de las vistas, pero también adopta el rol del periodista de investigación, incorporando partes del reportaje que le hiciera a Marcos Ramírez, asesor legal del Senado de Puerto Rico; asume también su rol de cronista, como un observador de las actitudes de su propio pueblo, en este caso, convocado en el Cerro Maravilla como nuevo espacio de peregrinación laica.

María Elena Rodríguez Castro, refiriéndose a dos crónicas anteriores de Edgardo Rodríguez Juliá, —*Las tribulaciones de Jonás* (1981) y *El entierro de Cortijo* (1983)—, observa una suerte de competencia entre los medios de comunicación especialmente audiovisuales (radio, T.V) que transmitían en vivo, tanto el entierro del líder político Luis Muñoz Marín como del gran plenero Rafael Cortijo, y las crónicas literarias propuestas por el autor, a pesar de que en ellas pudiera plasmarse un efecto de simultaneidad respecto de los hechos descriptos. Para esta crítica las crónicas de Rodríguez Juliá:

...son el otro filtro que absorbería y traduciría el evento, compitiendo con el lenguaje de la informática pero incorporándolo y jerarquizándolo a un orden que considera superior, la literatura. Los medios informan, pero la literatura interpreta dotando de sentido a la serie inestructurada de los hechos: 'ningún camarógrafo, ningún fotógrafo da la dimensión moral de lo visto y vivido como la literatura.'¹⁹

Si se acepta la hipótesis de Rodríguez Castro acerca de la competencia entre medios y literatura, en esta crónica en particular la misma sufre un efecto de desfase temporal, ya que en «El Cerro Maravilla (octubre-noviembre de 1983)» hay una mayor distancia cronológica entre los hechos y la fecha que figura al final de la crónica, agosto de 1985, como datación de la escritura de la misma, en comparación con las crónicas mortuorias, donde la brecha entre los sucesos y su narración es menor. Las vistas, como lo indica su nombre, fueron «vistas» y seguidas a través de su transmisión televisiva y radial, produciéndose lo que Jesús Martín-Barbero describe como la «hegemonía de la experiencia audiovisual sobre la tipográfica.»²⁰ Pareciera que

el efecto buscado por Rodríguez Juliá en su texto fuera el inverso: hay un predominio de la letra y la tipografía (cursivas, entrecorridos, blancos tipográficos), con la única excepción de la incorporación de una fotografía, lo que produce a su vez un desplazamiento del registro audiovisual, no literario, a un registro literario, a través de la forma crónica. ¿Por qué escribir entonces lo que la cámara y el audio ya registró antes, de manera directa y simultánea? La cita de María Elena Rodríguez Castro despunta la respuesta, al reproducir una reflexión del autor sobre ese plus que la literatura otorga, —una «dimensión moral» sobre los hechos—, que los medios no serían capaces de aportar. En *El cruce de la Bahía de Guánica* Rodríguez Juliá vuelve sobre esta cuestión, cuando, en un momento autorreflexivo de la crónica, se confirma el valor conferido a la escritura como práctica simbólica, a contrapelo de la valoración social que se le da en su país:

Conozco a Pedro Juan Soto. Nos une, sobre todo, la contradictoria vocación de escribir para un pueblo que apenas lee; se trata del consabido afán de erradicar, mediante la escritura, los más secretos demonios, personales y colectivos; pero en Puerto Rico ese oficio tiene pocos testigos, siempre se arriesga uno a la vanidad o al solipsismo...²¹

En este caso escribir sobre las vistas posibilita contrarrestar el efecto efímero de «memoria mediática»²² que provocó la reinstalación pública del «caso Maravilla» a través de la prensa, la T.V. y la radio; porque la memoria es poco confiable y siempre está acosada por el fantasma del olvido, la escritura —a pesar del solipsismo o de la vanidad—, poseería entonces la capacidad de preservar o al menos compensar los embates de la desmemoria. En este sentido resultan muy significativos los párrafos de apertura de la crónica: se trata de un microrrelato donde el cronista narra una anécdota de su infancia. En el año 1950 sus padres lo llevaron en un flamante y recién adquirido *Pontiac* a una manifestación pública y popular de la fe: «Entonces los tres —mi padre, mi madre y yo— nos unimos a la solemne procesión de beatos y noveleiros que llegaba de todas partes de Puerto Rico, buscando el sitio exacto en Sabana Grande donde *la Virgen se apareció.*»²³ El narrador describe cómo el sitio de la aparición religiosa se transformó en un lapso relativamente breve, de súbito y colectivo espacio devoto, en solitario y abandonado punto de la frágil memoria social: «El fervor se encogió ante el olvido. El sitio bendito se convirtió en relicario, luego en pequeño museo casi abandonado.»²⁴

La historia de la aparición milagrosa de la Virgen de la Sabana Grande entraña una fábula sobre los alcances y límites de la memoria que el cronista aprovecha para trazar un paralelo con las dimensiones casi religiosas que cobra el Cerro Maravilla como topos de peregrinación laica, en tanto se erige en monumento el mismo lugar en donde ocurrieron los asesinatos de

los dos jóvenes independentistas. Pero a esta topografía se le añade otro efecto que la mirada del cronista destaca y deplora: la transformación del lugar en una suerte de recreo turístico y comercial, donde se exhiben y venden triviales objetos kitsch tales como *souvenirs* (camisetas y gorras con la inscripción: «Yo estuve en Maravilla», tapetes, carpetitas), hasta comida alusiva como las «chuletas Maravilla»:

Un muchacho flaco, sonriente y de bigotón, recibe las sonrisas del público consumidor de Maravilla... En treinta años hemos pasado de la creencia ancestral en los *milagritos* a la recordación efímera de los *souvenirs*. Sin dudas somos más *sociedad* que antes; pero en el camino a Damasco, que va de Sabana Grande al cerro Maravilla, una parte de nosotros se extravió para siempre. En cuarenta años más los exvotos a la Virgen del pozo serán testimonios casi arqueológicos de una antigua inocencia. Pero estos *souvenirs de Maravilla* quedarán como prueba de nuestro culto a la necesidad y el cinismo del *fast-buck*...²⁵

El Cerro Maravilla, como sitio de la memoria, ha sido objeto de un proceso de espectacularización y mercantilización provocado por la incidencia de los medios de comunicación. La popularidad de la figura del investigador Héctor Rivera Cruz se parangona con la celebridad de los famosos de la farándula: «Aparece en la revista *Vea* como si fuera el más *caliente* artista farandulero.»²⁶ Pero la mirada crítica no se detiene solamente en los medios, ya que como observa Andreas Huyssen²⁷ la mercantilización no oblitera el hecho histórico. La crónica pone también el acento de manera incisiva en el tratamiento político de los asesinatos, cuya investigación resurge en momentos de campañas electorarias. Es notable en la crónica el uso de frases construidas con carácter de sentencias, donde se advierte en el discurso una posición ética que asume el autor. Por un lado en «El Cerro Maravilla (octubre-noviembre de 1983)» hay una postulación de la memoria contra los embates del olvido: «Los hechos aún no se olvidan; pero la memoria de ellos resulta cada vez más borrosa»²⁸; donde además el cronista incita a la indagación y develación de la verdad: «Pero el monstruo, mientras se niegue a nacer, mientras no se sepa *toda la verdad*, se comerá lentamente nuestras entrañas, nuestro sentido de la justicia, nuestra más elemental decencia, y entonces habrá más *Casos Maravilla*.»²⁹ En este sentido la alusión al aguafuerte de Goya, —cuya famosa inscripción desnuda las relaciones entre racionalidad y monstruosidad: «Los sueños de la razón engendran monstruos»—, cobra una especial connotación en el texto, agrega esa dimensión moral que afecta a la literatura según las consideraciones de Rodríguez Juliá antes señaladas. El nosotros inclusivo señala el desplazamiento de la perspectiva del cronista, con el fin de hacer coincidir su percepción individual con la de un

sujeto colectivo, ya que, como se afirma en *El entierro de Cortijo*: «El filtro del cronista es la memoria, la personal y la colectiva, también los prejuicios, ¿por qué no?»³⁰ La escritura de la crónica, a dos años del proceso de las vistas, invita al lector a no olvidar, a no transformar el Cerro Maravilla en emblema de la desmemoria, en «relicario», en «museo casi abandonado»³¹ como aquel otro de la Virgen de Sabana Grande.

II. HISTORIA, CUERPO Y MEMORIA: APROXIMACIONES A «EL CRUCE DE LA BAHÍA DE GUÁNICA Y OTRAS TERNURAS DE LA MEDIANÍA»

En «El cruce de la Bahía de Guánica y otras ternuras de la Medianía (25 de julio de 1983)»³², título completo de la crónica, espacio y tiempo forman también una particular conjunción, ligada a la memoria histórica de los puertorriqueños y a la memoria personal del cronista. Estados Unidos, en el marco de la Guerra Hispanoamericana, invadió a Puerto Rico el día 25 de julio de 1898 a través de la Bahía de Guánica. La flota invasora, al mando del general Nelson Miles, había planificado la ocupación a través de Fajardo, pero a último momento se optó por Guánica, ya que estratégicamente este punto les permitía a las fuerzas norteamericanas capturar rápidamente la ciudad de Ponce y bloquear de manera más efectiva los focos de resistencia española. Pero el 25 de julio es también una festividad hispánica, que celebra al apóstol Santiago, patrono de Guánica. La fecha se torna entonces una suerte de guarismo complejo que concita sobre sí la convergencia múltiple y contradictoria de distintos eventos. Como se señaló en la lectura de la crónica «El Cerro Maravilla (octubre-noviembre de 1983)», el 25 de julio se celebra oficialmente la declaración de la Constitución del Estado Libre Asociado y, a partir de 1978, se le añade la conmemoración luctuosa del asesinato de los dos jóvenes independentistas en el Cerro Maravilla. La superposición de diferentes capas de sentido que aluden a situaciones tan diversas y tensas entre sí alrededor de una misma fecha, es descripta y nombrada por el narrador con una certera imagen, la metáfora del palimpsesto: «El 25 de julio la criolla elegancia del malecón se alborota con el frenesí de las fiestas patronales, y éstas coinciden —cual palimpsesto histórico— con la llegada de los *americanos*, con la inauguración del Estado Libre Asociado, con el crimen del Cerro Maravilla.»³³

La tensión que entrafía la superposición histórica de los sucesos se revela en la contradicción que supone que el mismo día sea motivo de festejo para algunos sectores del país, ya sean los guaniqueños que celebran sus fiestas patronales y los autonomistas que conmemoran el establecimiento del ELA, o bien motivo de protesta y dolor para otros sectores de la sociedad, los nacionalistas, socialistas e independentistas que el mismo día

se reúnen para protestar por la invasión de 1898, también los familiares directos de los jóvenes masacrados. El día 25 de julio en Guánica se le revela al narrador como una cifra espacio-temporal en la que «se agolpan todas las tier-nas y pocas veces aterradoras contradicciones de este pueblo.»³⁴ Las tensiones también atraviesan al yo narrador, atrapado en una encrucijada de lealtades complejas que debe cruzar, como la Bahía que recorre a nado y cuyas aguas se tornan un espejo de la memoria y de la conciencia individuales.

Como es habitual en las crónicas de actualidad de Rodríguez Juliá, la figuración autorial se construye desde la posición autobiográfica. Se alude al nombre propio del autor, a los títulos de algunas de sus obras, a su esposa e hijo, y se insiste en la «medianía» cronológica nombrada en el título. En más de una ocasión el narrador repite su edad, sus treinta y seis años, que evocan el verso de Dante, la mitad del camino de la vida del hombre: «Yo, por mi parte, ya cumplí los 36. Hace seis años que nado con él, y lo he visto, en estos últimos meses, aflojar la brazada, resentir un-poco, solo *un poquito*, la fuerza de mis hombros alcanzados por la medianía del camino.»³⁵ El narra-dor, junto a Bill, su amigo americano, cruzan juntos por tercera vez la Bahía de Guánica, en el marco de una competencia de natación organizada con motivo de las fiestas patronales. El cruce de la bahía connota la celebración de un ritual privado de amistad que va cobrando diversas significaciones a lo largo de la crónica: Bill es el amigo que le ha enseñado al narrador los secre-tos del nado a mar abierto, es veinte años mayor que el cronista. Por una parte ocupa el rol del maestro para el narrador, pero también evoca la figura paterna; además connota por su nacionalidad la presencia de lo norteameri-cano en la Isla. La competencia de natación se torna paulatinamente en una soterrada rivalidad entre ambos amigos que emerge poco a poco, como la resaca que el mar empuja hacia la orilla, y que alcanza dimensiones que reba-san lo personal:

No hay motivo para obviar nuestra sorda competencia. (Para mí también se vuelve importante ganar un trofeo de latón.) ¡Qué gane el mejor! Le llevo veinte años y he rebajado veinte libras desde que crucé por última vez esta bahía. Eres amigo de lealtad perfecta; pero de los buenos padres a veces sólo merecemos una buena lección: tú me hiciste nadador, ahora quisiera derrotarte, repetir, casi sin pudor, ese ciclo eterno de amor y rivalidad.³⁶

Pero Bill no es la única figura en el texto que remite a las imágenes de autoridad del padre o del maestro. El narrador narra su encuentro en Guánica con un místico representante de las letras puertorriqueñas: el poeta épico y nacionalista Juan Antonio Correjer³⁷. El viejo poeta aparece en el texto como una presencia relevante en el pasado personal del cronista: «Correjer

fue figura importante en mis años de formación literaria»³⁸, pero también con indudable peso en el pasado histórico y político de los nacionalistas de Puerto Rico. El poeta encabeza todos los años una ceremonia que deviene ritual: una marcha de protesta contra la invasión norteamericana de 1898. Su figura es leída por el cronista como un emblema anacrónico y tierno a la vez. Vestido con su boina de guerrillero y su guayabera de viejo comunista, su persona concita un sentimiento de ambivalencia semejante al que le produjera al autor la visión de Luis Muñoz Marín envejecido y afásico en *Las tribulaciones de Jonds*, una mezcla compleja de burla y compasión. Sin embargo la presencia del viejo poeta implica también un llamado de atención sobre el debilitado compromiso ideológico del independentismo del narrador, como una padre que descubre a su hijo en el momento exacto de cometer una falta, como se observa en el siguiente pasaje, cuando Correjter le pregunta al cronista:

¿Vas para Guánica? Aquella pregunta tocaba una de esas secretas claves del independentismo, una de esas frases dichas a mitad de camino entre la paranoia y el esnobismo. Decir ¿Vas para Guánica? Implica necesariamente: ¿Vas para Guánica a protestar por la invasión yanqui de nuestro suelo patrio? ¡Terrible!; en todo caso iba para Guánica a una absurda competencia de natación donde sólo está envuelta la vanidad...»³⁹

El viejo poeta evoca también el palimpsesto histórico que representa el 25 de julio, y agrega otra capa más de historia a la fecha, al sugerir la superposición de los asesinatos del Cerro Maravilla con la masacre de Ponce ocurrida en 1937, donde, en una emboscada, fueron asesinados militantes civiles del nacionalismo puertorriqueño.

Una tercera figura aparece en la crónica sujeta a su rol de padre, en este caso de manera trágica, ya que se trata del escritor Pedro Juan Soto quien conmemora en la misma fecha el asesinato de su hijo en el Cerro Maravilla. El acto político de los nacionalistas, independentistas y socialistas en Guánica cobra entonces la dimensión fúnebre del memorial; el cronista registra cómo se le imprime a la fecha el ribete negro del luto, cómo el crimen impune se transforma en herida abierta:

Entonces le tocó a hablar a Pedro Juan Soto. El discurso me resulta extraño. Apenas alcanzo en su voz algo del hombre que conozco. En esa voz el autor de *Spiks* asume toda la extrañeza del Caso Maravilla, toda la dura e impenetrable objetividad de su tragedia. El hijo muerto vuelve a susurrar desde el fondo de esa mudez infranqueable. Los acentos del discurso están colocados según la prosodia de una invocación. Esa voz extraña es como una máscara ceñida para

penetrar al infierno, al desorden representado por un crimen que permanece impune.⁴⁰

El narrador recuerda un encuentro anterior con Pedro Juan Soto, donde aparecen armónicamente reunidas las imágenes del escritor y del padre, literal y simbólicamente. Pedro, como figura de autoridad literaria, le comenta a Rodríguez Juliá, en ese entonces incipiente escritor, sus opiniones sobre algunos de sus escritos. Mientras lo hace regaña, no solo al joven escritor, sino también a su hijito Carlos que lo acompañaba: «En ese momento el misterio de la paternidad y el aprendizaje literario se cruzaban.»⁴¹ Si en el pasado el narrador ocupó de alguna manera el rol figurado del hijo, del aprendiz, del discípulo, lo que se advierte en el presente de la enunciación es un afianzamiento de la propia autoridad narrativa⁴², y, por lo tanto, un distanciamiento respecto de aquellas figuras paternas que detentaban de algún modo la autoridad: Bill, Correjer, Soto. Sin embargo se trata de un distanciamiento atravesado por ambivalentes afectos donde se mezclan la ironía y la compasión, la burla y el respeto, el extrañamiento y la cercanía, ese «ciclo eterno de amor y rivalidad» que el narrador destaca especialmente respecto de Bill.

En «El cruce de la Bahía de Guánica» la mirada cobra un lugar central. El comienzo del texto remite a una imagen cuya percepción resulta desdoblada: el lector asiste a la descripción de la bahía desde la perspectiva distante que le impone el narrador, quien observa el paisaje desde la orilla, pero también desde su conocimiento cercano y vivencial de la bahía, a partir de su experiencia como nadador que ha surcado sus aguas. El mar posee una doble significación en la imagen trazada por el cronista, como una suerte de Jano bifronte, ya que, por un lado muestra «el rostro apacible de las aguas, allá desde la orilla», y por el otro, desde aguas adentro, «cobra aquí su gesto más amenazante.»⁴³ Inmediatamente después de la descripción y reflexión sobre el mar el narrador introduce el hecho histórico, la invasión norteamericana a través de la bahía de Guánica, vinculando de este modo el gesto acechante del mar con la amenaza real del colonialismo. Se puede leer aquí una referencia al clásico ensayo de Antonio S. Pedreira, *Insularismo*, donde el enemigo externo era el mar, porque acentuaba la insularidad, el aislamiento del país⁴⁴. En la crónica de Rodríguez Juliá el mar no aísla sino que es el espacio peligroso por donde ingresa la Historia como acontecimiento, escrita con mayúsculas, que cambia para siempre al país, al someterlo a la irrupción de un nuevo orden colonial cuya vigencia se mantiene en el presente: «Aquel puerto apacible, refugio de taciturnos pescadores, manso panorama marino para los amodorrados balcones frente a sus aguas, de pronto, casi sin aviso, recibirla la visita de la *Historia*.»⁴⁵ Pero el cronista no ansía detenerse

en la historia⁴⁶, no busca asumir la visión posterior propia del narrador histórico, sino leer y entender los signos de un presente sabiendo que éstos no pueden soslayar el pasado; son «estos ochenta y seis años de Carnaval colonial boricua» que se condensan en la fecha-palimpsesto del 25 de julio de 1983 indicada en el título de la crónica.

El «carnaval colonial boricua» encarna en las fiestas patronales de Guánica, que le permiten al cronista-observador contemplar una vez más, envuelto en una mezcla de curiosidad distante y seducción, las actitudes de la multitud convocada en los populares festejos. La crónica se escribe entonces a partir de dos movimientos que crean una estructura de contrapunto: un cronista que metafóricamente se zambulle entre la muchedumbre y un narrador-nadador que se sumerge en las aguas del mar. Pero, a diferencia del mar, la muchedumbre no posee gestos amenazantes sino contradicciones que concitan la atención, también, el asombro y finalmente la aceptación resignada del cronista, como la emblemática parejita de niños cuyos disfraces postulan una imagen supuestamente «tierna» del Estado Libre Asociado que la irónica descripción del narrador hace estallar:

Detrás de la reina ¡qué viva Mildred II!, viene una *parejita* de niños. ¡Ay pero qué cosa más mona, son una *chulería en pote!*, exclaman las doñas vendedoras de alcapurrias y tacos. El viene *vestidito* de Uncle Sam, emblematizado de pies a sombrero de copa con la bandera de esa *diarrea yanqui que invadió la patria*, según la retórica de Correjter. ¡Virgen pura! ¡Santo Cielo! En la misma calle, allá al final, los discursos terribles de Correjter contra la invasión yanqui aún resuenan, y aquí, con esa miradita que escapa temerosa a la de todos los curiosos, una boricuita de ocho años, vestida con la bandera de Puerto Rico, le sirve de consorte a un Uncle Sam con chiva de algodón, excesivamente distante de la pubertad, ya que no totalmente ajeno al *expansionismo del bisoño imperio*.⁴⁷

Las cursivas marcan tipográficamente dos registros verbales que se interceptan con el del cronista, las voces de «las doñas» del pueblo y la retórica combativa y anacrónica del poeta nacionalista, que, como la fecha palimpsesto del 25 de julio, se superponen entre sí, «en la misma calle» y en la misma página del texto. La reunión de actores sociales diversos y contradictorios hace exclamar al narrador, al final de la crónica, una constatación: «¡Santo Cielo! ¡Es la misma gente!: Los del rincón patriótico y éstos, los de malecón de las tres B (baile, botella y baraja), ¡son la misma gente!...»⁴⁸ Al final del texto, el uso de los verbos en primera persona del plural, sugiere la autoinclusión del escritor en el sintagma colectivo «somos la misma gente». De este modo, como propone la lectura de Rubén Ríos Ávila refiriéndose a la figura de autor que se desprende de las crónicas de actualidad de Rodríguez Juliá, «el aspiran-

te a autor de su pueblo escribe para dejarse escribir por él, y para resignarse a decir, como Flaubert decía de Madame Bovary: Puerto Rico soy yo.»⁴⁹

Si la inmersión del sujeto en la multitud que abarrota las calles de Guánica durante los festejos de las fiestas patronales entraña un efecto similar al señalado en las otras crónicas vistas hasta aquí, —la ilusión de un individuo cuya mirada se intercepta con la de un colectivo mayor—, adentrarse en las aguas del mar denota en cambio la acentuación del solipsismo y el fluir de la conciencia del narrador. A medida que el narrador-nadador se aleja de la costa sus sentidos se alteran, sobre todo la percepción visual y la auditiva, como así también se disloca su noción del tiempo y el espacio⁵⁰. A medida que predomina en el relato la narración de las sensaciones, el sujeto entra en relación muy próxima con su propio cuerpo como sustancia material; a su vez el mundo exterior se torna cada vez más opaco y confuso. El acto de ver, como vía privilegiada para establecer un nexo con lo real, a pesar de los recaudos del narrador, se empaña:

Pero hoy, a pesar de los lentes de contacto y la casi nitidez con que veo las cosas del malecón de Guánica, —como seguramente las vieron los americanos al invadir un día como hoy— apenas distingo con el ojo izquierdo la boya roja que debemos rebasar *por la parte de adentro*, para así no ser descualificados de la competencia. Al soplar en el agua el aire caliente de los pulmones sube y empaña los goggles.⁵¹

Los goggles, anteojos que usan los nadadores, están empañados, los lentes de contacto no mejoran la mirada, tan solo permiten una percepción difusa subrayada por el adverbio que relativiza la percepción a una «casi nitidez». Sin embargo, en esta instancia de aprehensión imperfecta de lo real hay una certidumbre, modelizada por el adverbio «seguramente», que abre una grieta en el relato y permite el ingreso del pasado histórico evocado: desde el cuerpo del narrador, en el mismo sitio y desde la misma perspectiva que antes ocupó el invasor, presente y pretérito se yuxtaponen en la bahía de Guánica.

El narrador-nadador fracasa en su intento de lograr un premio en la competencia, frustración que comparte con su amigo americano. El embotamiento de sus sentidos lo aleja de la meta, se desorienta, lo percibido se le aparece como un dato erróneo de la realidad. Al intentar regresar a la costa se encuentra sumido en el agua sucia y pantanosa donde llegan los desechos que el mar deposita bajo el atracadero. Si antes, cuando nadaba mar adentro, el cronista experimentó fugaz pero intensamente «la sensación de libertad»⁵² de su cuerpo consustanciado con el fluir del agua, al arribar a la costa, en cambio, se siente sujetado a las limitaciones corporales que parecen anclarlo penosamente en la densidad de lo real:

Entonces intenté salir del agua... Imposible, con lo cansado que estoy, subir al atracadero... De pronto me transformo en el pájaro extraño y torpe que Baudelaire convirtió en el símbolo del poeta. La euforia de la flotación y el rocío de la espuma de pronto se vuelven *babote*, esa negruzca arena de mangle que no me permite bracear, que captura mis piernas como si fuera arena movediza. Me levanto, doy traspies en el babote, por momentos éste me llega hasta las rodillas.⁵³

Cuando el narrador-nadador logra finalmente salir a la superficie un niño burlón le grita una frase que se repetirá dos veces en la crónica, acentuándose cada vez más su connotación pesimista: «¡Fracaso total!»⁵⁴ Resuena en sus oídos cuando se reencuentra con Bill, una vez que la competencia ha concluido. Se torna en trágico latiguillo cuando el cronista reseña lo sucedido en el Cerro Maravilla, al comentar la proclama que intentaron lanzar los jóvenes como «un acto simbólico; como los nacionalistas en 1950, reafirmarían ante los Estados Unidos y el mundo, justo el día de la *invasión norteamericana*, la existencia de una nación puertorriqueña. Pero no fue así, ¡Fracaso total!»⁵⁵

La referencia al año de 1950 imprime a la crónica la idea de una continuidad entre la violencia del pasado y la del presente, el palimpsesto histórico se recubre de otra capa. Rodríguez Juliá alude con ese año a un acto de rebelión nacionalista sucedido en 1950 que fue duramente reprimido por la policía insular, con una cifra de 28 muertos en San Juan. Además hubo otras víctimas en distintos municipios, como el de Utuado, donde se masacraron a cinco nacionalistas después que estos se hubieran entregado, en un episodio que jamás fue esclarecido.

En «El Cerro Maravilla (octubre-noviembre de 1983)» y en «El cruce de la Bahía de Guánica y otras ternuras de la Medianía (25 de julio de 1983)» el recuerdo se encarna en fechas y espacios que se vuelven emblemas, también en la escritura misma de las crónicas, instancias que se condensan como «lugares de memoria», según lo formula Pierre Nora⁵⁶. Ambos textos bien pueden suscribir a las reflexiones de Arcadio Díaz Quiñones respecto de la memoria como práctica, la rememoración como ejercicio del pensamiento estrechamente vinculado a la escritura:

Memor, la palabra latina según comenta David F. Krell en su erudito libro sobre reminiscencia y escritura *Of memory, Reminiscence and Writing*, pertenece a un núcleo semántico asociado siempre con el pensamiento como actividad, como práctica. *Imprimir*, para los antiguos filósofos y poetas, era una manera de no olvidar, una actividad. La memoria está a menudo asociada a la escritura o a la iconografía, a todo lo que hace posible la conservación, para ser recuperado en otro momento.»⁵⁷

NOTAS:

- ¹ Ortega, Julio (2002). «Prólogo. Nueva crónica de las Islas» a Rodríguez Juliá, Edgardo. *Caribeños*, San Juan, Instituto de Cultura Puertorriqueña, pp. vii-xiii.
- ² Dos entrevistas importantes en la cuales Rodríguez Juliá reflexiona sobre la crónica son «El cronista hecho crónica», por Gloria Borrás, *Puerto Rico Ilustrado, El Mundo*, 14 de junio de 1987, pp. 10-13, y «Crónica de entierros, ficción de nacimientos» por Julio Ortega, en: *Reapropiaciones. Cultura y nueva escritura en Puerto Rico*, Río Piedras, Editorial de la Universidad de Puerto Rico, 1991, pp. 123-162.
- ³ Rodríguez Juliá, Edgardo (2002). «Tradición y utopía en el barroco caribeño», en: *Caribeños*, ed. cit., pp. 65-73.
- ⁴ Rodríguez Juliá, Edgardo (2002). «Cronistas», en: *Caribeños*, ed. cit., pp. 185-191.
- ⁵ Sobre la inserción y desarrollo de la crónica en la literatura finisecular, véase González, Aníbal (1983). *La crónica modernista hispanoamericana*, Madrid, Ediciones José Porrúa Turanzas; Ramos, Julio (1989). *Desencuentros de la modernidad en América Latina*, México, FCE.; y Rotker, Susana (1992). *La invención de la crónica*, Buenos Aires, Ediciones Letra Buena.
- ⁶ Ortega, Julio (1991). «1. Crónica de entierros, ficción de nacimientos», entrevista a Edgardo Rodríguez Juliá, en: *Reapropiaciones (cultura y nueva escritura en Puerto Rico)*, Río Piedras, ed. cit., p. 125.
- ⁷ Amar Sánchez, Ana María (1995). *El relato de los hechos*, Rosario, Beatriz Viterbo, pp. 47-54.
- ⁸ Monsiváis, Carlos (1980). «Introducción», *A ustedes les consta. Antología de la crónica en México*, México, Ediciones Era, pp. 13-76.
- ⁹ *Ibid.*, p. 13.
- ¹⁰ García-Calderón, Myrna (1997). «El espacio intersticial y transitorio de la nueva crónica puertorriqueña», en: *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, Año XXIII, No. 45, Lima-Berkeley, pp. 293-306.
- ¹¹ Molloy, Sylvia (1996). *Acto de presencia. La escritura autobiográfica en Hispanoamérica*, México, Fondo de Cultura Económica, p. 27.
- ¹² Entre las múltiples señas de identidad que vinculan narrador/autor se destacan las referencias al nombre propio, a la fecha de nacimiento, a la historia familiar del autor, a la profesión de escritor, a los títulos de sus obras, etc. En este sentido cabe citar un juicio de Rodríguez Juliá sobre la autofiguración en las crónicas de actualidad: «Yo nunca desaparezco de mis crónicas. Todo lo contrario. Soy un personaje central. Un poco es el escritor mirando por encima del hombro del espectador... Alguna gente me ha criticado eso, que yo no desaparezco de mis crónicas. Pero es que yo no voy a desaparecer porque yo soy la crónica.» Citado por María Elena Rodríguez Castro, de una entrevista inédita, cuyos fragmentos reproduce en su artículo «Memorias conjeturales: las crónicas mortuorias», en: Duchesne Winter, Juan (editor-compilador) (1992). *Las tribulaciones de Juliá*, San Juan, Editorial del Instituto de Cultura Puertorriqueña, pp. 63-92. (p. 79)
- ¹³ Rodríguez Castro, María Elena (1992). *Ibid.*, p. 70.
- ¹⁴ Rodríguez Juliá, Edgardo (1986). «El Cerro Maravilla (octubre-noviembre de 1983)», en: *Una noche con Iris Chacón*, Río Piedras, Editorial Antillana, primera edición (todas las citas textuales corresponden a esta edición), pp. 53-101.
- ¹⁵ Rodríguez Juliá, Edgardo (1986). «El Cerro Maravilla (octubre-noviembre de 1983)», ed. cit., p. 61.
- ¹⁶ Según el historiador César Moliné la elección del día 25 de julio para celebrar oficialmente el día de la constitución del Estado Libre Asociado fue «estratégicamente seleccionada para solapar un evento que ocurrió exactamente 54 años antes», refiriéndose a la invasión

- norteamericana. Véase el artículo «El 25 de julio y la catarsis boricua», publicado en Internet, página sobre Puerto Rico, <http://home.coqui.net>
- ¹⁷ Pedro Juan Soto, junto con José Luis González, fue uno de los escritores que durante la década del cincuenta representó en sus ficciones a los sectores desplazados por la emigración. Entre sus obras se destacan su libro de cuentos *Spikes* (1956) y su novela *Ardiente suelo, fría estación* (1961), donde se examinan la discriminación que sufre el emigrado en Nueva York como así también las dificultades de readaptación al regresar al lugar natal cuando no se ha tenido la chance de triunfar.
- ¹⁸ Picó, Fernando (1988). *Historia general de Puerto Rico*, Río Piedras, Huracán, quinta edición, 1990, p. 280.
- ¹⁹ Rodríguez Castro, María Elena (1992). «Memorias conjeturales: las crónicas mortuorias», en: Duchesne Winter, Juan (editor-compilador). *Las tribulaciones de Juliá*. San Juan, ed. cit, p. 69. La cita de Rodríguez Juliá incorporada corresponde a una entrevista inédita al autor realizada por Rodríguez Castro, bajo el título de *Yo soy la crónica*.
- ²⁰ Martín-Barbero, Jesús (2002). «Medios y cultura en el espacio latinoamericano», en: *Iberoamericana*, Francfort, Año II, Nueva época, junio, nro. 6, pp. 89-106. En torno al debate sobre medios de comunicación masiva y cultura en América Latina véase del mismo autor su libro: *De los medios a las comunicaciones: comunicación, cultura y hegemonía*, Barcelona, Ediciones Gustavo Gil, 1987.
- ²¹ Rodríguez Juliá, Edgardo (1989). *El cruce de la Bahía de Guánica*, Río Piedras, Editorial Cultural, p. 45.
- ²² Andreas Huyssen utiliza el concepto de «memoria mediática», refiriéndose al espacio e incidencia cada vez mayor que ocupan los medios en la percepción social y política del mundo, como así también el impacto potencial de los nuevos medios sobre la temporalidad, operando e influyendo decididamente sobre la memoria personal, generacional y pública. Véase el capítulo «Preritos presentes: medios, política, amnesia», en: Huyssen, Andreas (2002). *En busca del futuro perdido. Cultura y memoria en tiempos de globalización*, México, Fondo de Cultura Económica, pp. 13-40.
- ²³ Rodríguez Juliá, Edgardo (1986). «El Cerro Maravilla (octubre-noviembre de 1983)», en: *Una noche con Iris Chacón*, ed. cit., p. 57 (cursivas del autor).
- ²⁴ *Ibid.*, p. 60.
- ²⁵ Rodríguez Juliá, Edgardo (1986). «El Cerro Maravilla (octubre-noviembre de 1983)», ed. cit. p. 65 (cursivas del autor).
- ²⁶ *Ibid.*, p. 61.
- ²⁷ Andreas Huyssen se detiene en el tratamiento más reciente que los medios le han dado a tragedia del Holocausto, desde películas, proliferación de museos, docudramas, sitios de internet, libros de fotografía, historietas, etc., y señala al respecto: «Aun cuando el Holocausto ha sido mercantilizado interminablemente, no significa que toda mercantilización lo trivialice indefectiblemente como hecho histórico.» Véase *En busca del futuro perdido. Cultura y memoria en tiempos de globalización*, ed. cit., p. 25.
- ²⁸ Rodríguez Juliá, Edgardo (1986). «El Cerro Maravilla (octubre-noviembre de 1983)», ed. cit. p. 60.
- ²⁹ Rodríguez Juliá, Edgardo (1986). «El Cerro Maravilla (octubre-noviembre de 1983)», ed. cit., p. 71 (cursivas del autor).
- ³⁰ Rodríguez Juliá, Edgardo (1991). *El entierro de Cortijo*, Río Piedras, Ediciones Huracán, 5ta. edición., p. 17.
- ³¹ Rodríguez Juliá, Edgardo (1986). «El Cerro Maravilla (octubre-noviembre de 1983)», ed. cit., p. 60.
- ³² Rodríguez Juliá, Edgardo (1989). «El cruce de la Bahía de Guánica y otras ternuras de la Medianía», en: *El cruce de la Bahía de Guánica*, ed. cit., pp. 9-49.

- ³³ Rodríguez Juliá, Edgardo (1989). «El cruce de la Bahía de Guánica y otras ternuras de la Medianía», ed. cit., p. 25.
- ³⁴ Ibid., p. 28.
- ³⁵ Rodríguez Juliá, Edgardo (1989). «El cruce de la Bahía de Guánica y otras ternuras de la Medianía», ed. cit., pp. 14-15 (cursivas del autor).
- ³⁶ Ibid., p. 33.
- ³⁷ Juan Antonio Correjer (1908-1985) fue un muy importante poeta puertorriqueño cuya obra pareció seguir el imperativo martiano de reunir ética y estética. Se unió a la causa del Partido Nacionalista con el fin de luchar por la independencia de su país. Militó junto a Pedro Albizu Campos, y como él, debió padecer persecuciones políticas, estadías en prisión y cárcel, tanto en Puerto Rico como en los Estados Unidos, ya que fue acusado en más de una ocasión de conspirar para derrocar el gobierno norteamericano en Puerto Rico.
- ³⁸ Rodríguez Juliá, Edgardo (1989). «El cruce de la Bahía de Guánica y otras ternuras de la Medianía», ed. cit., p. 18.
- ³⁹ Rodríguez Juliá, Edgardo (1989). «El cruce de la Bahía de Guánica y otras ternuras de la Medianía», ed. cit., p. 19.
- ⁴⁰ Rodríguez Juliá, Edgardo (1989). «El cruce de la Bahía de Guánica y otras ternuras de la Medianía», ed. cit., pp. 47-48.
- ⁴¹ Ibid., p. 48.
- ⁴² Sobre la construcción de la figura de autor en la narrativa de Edgardo Rodríguez Juliá véase Ruiz Cumbia, Israel (1999). «Edgardo Rodríguez Juliá y las paradojas de la (autor)idad narrativa», en: *La Torre*, año IV, número 12, abril-junio, pp. 449-468.
- ⁴³ Rodríguez Juliá, Edgardo (1989). «El cruce de la Bahía de Guánica y otras ternuras de la Medianía», ed. cit., p. 11.
- ⁴⁴ Véase, por ejemplo, el pasaje siguiente de *Insularismo*: «Entre el mar Caribe y el océano Atlántico, Puerto Rico levanta su paralelogramo casi uniforme, rodeado por un roto collar de islotes pequeñitos, inhóspitos para la tertulia. Es la menos de las tres Antillas Mayores y el constante tutelaje de sus albaceas la ha mantenido muchos siglos en inviolable minoridad. Esta vieja niñez prolongada hasta el presente, regida por institutrices mandatarias, nos obliga a una reglamentación limitadora de la amistad antillana y por ende de la confraternidad hispanoamericana y universal. Nuestra minoría de edad nos separa del mundo.» Pedreira, Antonio S. (1970). *Insularismo*, en: *Obras de Antonio S. Pedreira*, tomo I, San Juan, Instituto de Cultura Puertorriqueña, p. 123.
- ⁴⁵ Rodríguez Juliá, Edgardo (1989). «El cruce de la Bahía de Guánica y otras ternuras de la Medianía», ed. cit., p. 12.
- ⁴⁶ Dos escritores puertorriqueños en la década de 1980 exploran las relaciones historia y ficción en propuestas muy diferentes al tratamiento que hace sobre la cuestión Rodríguez Juliá, en ambos casos teniendo en cuenta como eje la invasión norteamericana a Puerto Rico en 1898. La ficción histórica de José Luis González, *La llegada (crónica con «ficción»)* (1980, Río Piedras, Ediciones Huracán), ficcionaliza la llegada de las tropas invasoras a Llano Verde, un pueblo inventado que encarna al país entero. Se trata de una novela, donde el escritor combina el relato histórico documental con las técnicas y estructuras de la ficción. El otro ejemplo, más complejo desde el punto de vista de su estructura, es el texto de Luis López Nieves, *Seva: historia de la primera invasión norteamericana de la isla de Puerto Rico ocurrida en mayo de 1898* (1991, San Juan, Editorial Cordillera, sexta edición). Este libro recoge el texto que fuera originalmente publicado el 23 de diciembre de 1983 en el periódico *Claridad*. Leído en su momento por el público en general como un documento histórico que daba otra versión de la invasión, en realidad se trata de un texto ficcional, construido con discursos que emulan relatos testimoniales, cartas, documentos. En *El cruce de la Bahía de Guánica* se apela a la memoria histórica

pero no se trabaja con la relación historia y ficción que proponen, en cambio, estos dos ejemplos. La mirada del cronista se centra en su presente, característica de las crónicas de actualidad del autor.

⁴⁷ Rodríguez Juliá, Edgardo (1989). «El cruce de la Bahía de Guánica y otras ternuras de la Medianfa», ed. cit., p. 28.

⁴⁸ Ibid., p. 49.

⁴⁹ Ríos Ávila, Rubén (1992). «La invención de un autor: escritura y poder», en: Duchesne Winter, Juan (editor-compiler) *Las tribulaciones de Juliá*, ed. cit., pp. 61-62.

⁵⁰ Véase como ejemplo de esta percepción distorsionada el siguiente pasaje: «Llega un momento en que la euforia altera el sentido del tiempo y del espacio. Tal parece que no avanzo en el vaivén de los marullos. La fuerza de la brazada se anula con el halón de la ola. Por un momento la distancia hasta el atracadero me parece insalvable.» Rodríguez Juliá, Edgardo (1989). «El cruce de la Bahía de Guánica y otras ternuras de la Medianfa», ed. cit., p. 40.

⁵¹ Ibid., p. 38 (cursivas del autor).

⁵² «Cuando logré esa cadencia precisa, la sensación de libertad que experimenté fue total; ya no había separación entre yo y el agua, la resistencia era mínima, como hacer el amor con la mujer de toda la vida.» Rodríguez Juliá, Edgardo (1989). «El cruce de la Bahía de Guánica y otras ternuras de la Medianfa», ed. cit., pp. 41-42.

⁵³ Ibid., p. 43 (cursivas del autor).

⁵⁴ Ibid., p. 43 (cursivas del autor).

⁵⁵ Ibid., p. 44 (cursivas del autor).

⁵⁶ Nora, Pierre (director y comp., 1998). *Les lieux de mémoire*, París, Gallimard. Nora explica que la construcción de una tradición se condensa en «lugares de memoria», fechas, emblemas, monumentos, modas, museos, relatos, edificios, libros, etc. Estos «lugares de memoria», ya sean metafóricos o de cemento, de hierro o de papel, pesados o inmateriales, no siempre pueden ser localizados geográficamente, pero constituyen para Nora un instrumento de inteligibilidad de la historia.

⁵⁷ Díaz Quiñones, Arcadio (1993). *La memoria rota*, Río Piedras, Huracán, p. 72.